

portancia del Derecho del Trabajo. El libro se divide en siete amplios «Títulos», éstos en Capítulos, subdivididos en Secciones. El método empleado por el autor es sencillamente magnífico.



DISQUISICIONES ÍNTIMAS, de *Benedicto Chuaqui*. Ediciones Orbe

Es absurdo concebir que todas las cosas que Benedicto Chuaqui dice en su libro, sean tomadas superficialmente. Sin embargo, en más de una oportunidad, aconteció así. Y en estas actitudes de criterios insensibles, suele haber con cierta frecuencia desagradable algo más que la simple posición: hay lo que se llama resentimiento. Ya pasó con Gabriela Mistral, y sigue pasando con la poesía nueva, por ejemplo. Y estos criterios, con una perseverancia que asombra por lo rígida, creen que al pensamiento o al arte se les puede detener con los cinco dedos de unas cuantas columnas escritas sin gracia, sin honddura, y más aún, sin sentimiento.

Pero esto, dicho a propósito de «Disquisiciones íntimas», sería largo de especificar y aplicarlo a cada una de las sintomáticas revelaciones que aparecen a menudo, y quién sabe con recónditos hilos.

Uno toma el libro de Chuaqui sin ánimo de trascendentalismo. Por lo demás, las obras de Chuaqui son del todo sinceras. Ya le conocemos como escritor, y nadie se atreverá a decirnos que lo escrito en su último libro es materia muerta, sacada de la pluma por qué sí o por una vanidad que no tendría razón de ser. Tampoco vamos a caer en otro criterio, que, apareciendo en el último tiempo, revela incapacidad crítica, cierta incertidumbre por la celebridad o bien, un opaco modo de querer ser algo que no se es: el de buscar semejanzas. Así, sería imposible tomar el libro de Chuaqui sin compararlo con aquello dicho y escrito por la Fontaine, Víctor Hugo o Fran-

klin... No. El libro de Chuaqui es materia para el corazón y los sentimientos. Nos enfrentamos en su libro con todo aquello que piensa el autor, que piensa el lector, que pensamos todos. Además, algunas cosas que no pensamos, ya por flojas actitudes, por olvido perdonable, o porque nuestros sentimientos no conjugan como las máximas que estampa Benedicto Chuaqui. Lo interesante es escribir todo esto, darle forma literaria, imprimirle una estilización capaz de ser representable a los ojos de todos.

Y eso suele ser mucho.

Sobre todo si, como en este caso, se le pone a eso un ali-ciente de picardía irónica, de gracia conocida o de meditaciones destinadas a fingir la mentira, cuando no se dice sino una verdad auténtica y cortante. Por ejemplo, en lo que dedica al Matrimonio, Chuaqui dice: «La verdadera modestia es la que se manifiesta en conformidad y satisfacción con la propia suerte...» O bien cuando dice: «Nada alivia más íntimamente nuestras desdichas que la desgracia mayor de nuestro prójimo...»

En suma, todas son verdades que, incuestionablemente, se cumplen, tienen sus efectos, echan luz sobre las conciencias y nos hacen ver la otra cara de la mentira disfrazada de cosa común y corriente.

Pero lo más común en esta obra de Chuaqui es observar cómo el autor busca un espécimen de hombre que él ha insinuado «Hombre Perfecto». Tal vez resida allí la mayor intención del escritor. Afana. Busca. Ronda en torno a las circunstancias, juega con el amor, merodea con sus satélites, e insinúa posibilidades, consiguiendo dar la impresión de algo ceñido a todas las circunstancias morales que, sinceramente, encuadra su pensamiento. Es, repetimos, la espina dorsal de una obra, por lo demás, auténticamente moralista.

Y después de todo, uno siente que necesita de ello, que vive en un mundo en el cual se hacen necesarias estas máxi-

mas, no sólo a nosotros mismos, sino para quienes dicen sustentárlas con todo el corazón.

Y entonces el libro deja otra impresión, más grata, más consoladora, más digna. Uno se considera un poco más cerca de todo esto que especifica en su libro *Benedicto Chuaqui*. Y si decimos esto, seguramente veremos en la boca de muchos una sonrisa resbaladiza, una sonrisa de tonos diferentes, en donde uno no sabe si hay una inofensiva malicia o si ella sustenta el veneno del resentimiento, la lágrima triste y pobre de un fracaso, o simplemente, el repugnante colmillo de la incapacidad.—VÍCTOR CASTRO.



LA GENERACIÓN CHILENA DE 1842, por *Norberto Pinilla*. Ed. Universidad de Chile, 1943

La obra recientemente publicada por el profesor y escritor nacional Norberto Pinilla reúne las características de un acertado equilibrio en el plan, novedad de conceptos y alto decoro en el estilo.

Cuando en libros de este género se trata de plasmar la esencia ideológica y vital de un momento de la historia parece que los inconvenientes se acumulan uno tras otro. Ser imparcial supone el haberse desligado de posiciones previas antes y después de haber abarcado la pluralidad y el detalle. Muchas veces se corre el riesgo de perderse en los frondosos pormenores de un tema sin haber conseguido aprisionar, en un todo orgánico, la visión de conjunto racionalmente articulada, de tal forma que el lector pueda ejercitar su personal e intransferible función de aceptar o negar las conclusiones, que el autor señala concretamente o insinúa como un matiz de posibilidad.

Sin lugar a dudas la obra del profesor Norberto Pinilla ofrece esta garantía. Seriamente coordinada, su hilo conductor no se quiebra ni se esfuma en ningún momento.